

LAS AVENTURAS DE RÁQUIRA

Una fábula sobre el dinero y el ahorro

Ernesto Plata

ILUSTRACIONES DE **Paula Vargas Salazar**

© 2019, Ernesto Plata
© 2019, Paula Vargas Salazar,
por las ilustraciones de portada e interiores

© 2019, Editorial Planeta Colombiana S.A
Calle 73 No. 7-60, Bogotá
www.planetadelibros.com.co

Primera edición impresa en Colombia: septiembre de 2019

ISBN 13: 978-958-42-8182-1

ISBN 10: 958-42-8182-8

Impreso por: Editorial Nomos S. A.
Impreso en Colombia - *Printed in Colombia*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor.

LAS AVENTURAS DE RÁQUIRA

Una fábula sobre el dinero y el ahorro

Ernesto Plata

ILUSTRACIONES DE **Paula Vargas Salazar**

Para Mariana, Sebastián y Matilda,
mis tres sobrinos y su fortuna



CAPÍTULO 1.

HAY QUE ROMPER A RÁQUIRA

Hay que romper a Ráquira —sentenció con voz ronca Lucas.

No lo dijo a viva voz, sino solo para que su hermana, Laly, escuchara. Estaban los dos en el cuarto de Lucas. Sus padres, que alcanzaban a oírlos, creían que estaban jugando, aunque en realidad Laly y Lucas estaban discutiendo y definiendo asuntos muy importantes de la vida. Laly, tres años mayor, aprovechaba que aún era más alta que Lucas y se puso de pie frente a él y le dijo:

—No, no, y no, Lucas, ¿no ves que todavía le caben más monedas? ¿O para qué quieres usar esa plata?

—Pues para la consola que me está vendiendo Henao, el de quinto B.

—Pero, Lucas, si la mitad de la plata es mía, no te alcanza con lo que debe quedar para ti...

—¡Pues es lo que quiero ver! Necesito saber cuántas monedas hay para ver si me alcanza. Si no me ayudas, le cuento a mis papás.

—Lucas, pero es que ellos nos dijeron que cuando Ráquira estuviera *llena*, valía la pena romperla, antes no —respondió Laly, haciendo gala de ser la hermana mayor y la que tenía más conocimiento de las reglas de cómo funcionaba el mundo y de lo que era mejor para ella y para su hermano.

—Laly, pero tú también querías romperla alguna vez para *algo*, no sé qué cosa era, ya ni me acuerdo para qué era... alguna cosa de niñas...

—Pero al final no la rompimos porque vimos que todavía le caben muuuuuuchas monedas. ¿Sí ves? Y además el trato que hicimos tú y yo es que solo cuando no le cupieran más monedas a Ráquira, ahí sí la rompíamos.

—Bueno, entonces miremos cuánto falta para que quede llena; de todas formas, ¡hay que romper a Ráquira! Mira que si no llevo la plata el lunes al colegio, Henao le vende la consola a Ramírez y él no la presta nunca.

—¿Y tú prestarías tu consola?

—No defiendas a Ramírez.

—Yo no defiendo a Ramírez...

—Laly está enamorada, Laly está enamorada, Laly está enamorada... —empezó a canturrear bur-lón Lucas, todavía susurrando para que no oyeran sus papás.

—Deja de ser tan bobo, Lucas, no es eso, sino que si compras la consola, después la puedes alquilar y ganar plata para comprar otra consola o más juegos. O traemos a los del colegio a la casa, acomodamos la sala para que quede como sala de juegos y nos inventamos un torneo y damos un premio al que gane. O le alquilas la consola a nuestros primos Ji-ménez. Me toca explicarte todo con plastilina, ¿no? Además, Ramírez es un bebé igual que tú, Henao y como todos tus amiguitos.

—No hablemos más y vamos a ver cuántas mo-nedas tiene Ráquira —interrumpió Lucas, ansioso.

—¿Y si tu parte no te alcanza para la consola?

—Me prestas la tuya y así completo.

—¿Y cómo me pagas, si ya no tenemos a Ráquira para echar las monedas?

—¡Pues conseguimos otro marrano! ¡Vamos!

Ráquira conservaba el brillo de siempre. Lleva-ba dos años observando en silencio el movimiento de la casa de los Villegas. Cuando llegó, ocupaba un sitio en el último de los tres niveles de una repisa en la pared del corredor que estaba entre el cuar-to de Lucas y de Laly. Con el tiempo, y a medida

que se ponía más pesada, optaron por ponerla en el primer nivel de la estantería, que estaba a treinta centímetros del piso.

La decisión de ubicarla más abajo fue de Ricardo Villegas, el papá de Lucas y de Laly, que era empleado en una empresa y tenía el cargo de inspector de seguridad industrial y riesgos laborales y creía que su casa debía ser, ante todo, el lugar más seguro del mundo. Esta, entre otras medidas, fueron tomadas por él salvaguardando la integridad de su familia, aunque algunas de estas parecían exageradas para Estela Miranda, su esposa.

Poner a Ráquira en un nivel más bajo de la repisa o incluso en el piso era lo más lógico puesto que ya pesaba mucho. Lo que no era posible de ninguna manera, era ponerla directamente sobre el suelo, por una vieja creencia que tenía el abuelo Próspero, el padre de Estela, según la cual al poner la alcancía abajo “se va la plata al piso”, es decir, habría poco dinero o nada. Él había insistido en ponerla al menos a una corta distancia del suelo, así fuera poca, pero no sobre este. Por su parte, Estela, a diferencia de Ricardo, era menos temerosa y le gustaba dejar algunas cosas al azar, sin caer en el extremo de ser descuidada. Creía que a veces algo de sorpresa en la vida la hacía emocionante y dejaba espacio para la creatividad.

Ráquira observaba y escuchaba todo, pero nadie sospechaba que lo hiciera. Quizás el abuelo alguna

vez se quedó mirándola fijamente con cierta sospecha, pero algo lo distrajo y nunca más volvió a detenerse a verla a los ojos. Pasaba de vez en cuando y dejaba caer, sin decirle a nadie, unas monedas por la ranura que tenía Ráquira en el lomo. Otros objetos de la casa y en particular de la repisa, tampoco sospechaban de Ráquira. Porque, creámoslo o no, algunos objetos tienen vida propia y conversan entre ellos.

La mirada de Ráquira no cambió al ver a Lucas y a Laly frente a ella discutiendo si debían o no romperla. Ni siquiera cuando el niño habló de dar un certero golpe con un martillo que la partiera en mil pedazos. Dentro suyo, por primera vez sintió que algo podría fracturarse en su vida. Se sentía casi llena, pesada, aun con capacidad de recibir unas cuantas monedas más, aunque fuera una de las más pequeñas; sin embargo, de repente se sintió vacía y algo le dijo en su conciencia que los niños habían descubierto su secreto tan bien guardado hasta ahora. Lucas y Laly se miraron uno al otro y luego la miraron otra vez a ella.

—Hay que romper a Ráquira —se reafirmó Lucas en su decisión—. ¿Ahora sí me crees, Laly?

CAPÍTULO 2.

DE CÓMO RÁQUIRA LLEGÓ A CASA

—Desde niña me ha gustado esta parte de la carretera —dijo Estela, mientras miraba emocionada el paisaje por la ventana del carro y recordaba cuando venían con su padre y su madre, antes de que ella muriera.

Había bajado el vidrio y el viento hacía que su pelo largo se despeinara al tiempo que una sonrisa se dibujaba en su cara, bajo los lentes oscuros que tenía puestos.

—Los colores que se ven en esta región son únicos, definitivamente —dijo.

El cielo azul despejado, algunas nubes blancas que hacían formas alargadas, combinaban muy bien con el verde intenso del horizonte y el negro profundo de la tierra. Se veían algunas casas campesinas y vacas pastando.

—Sí, a mí también me encanta; siempre que hemos venido de paseo por esta carretera recuerdo lo mucho que me gusta el paisaje y la tierra de donde son tus papás... ¿Qué dicen los niños atrás? —preguntó Ricardo, alzando un poco el volumen de su voz para que lo oyeran sus hijos mientras alargaba el cuello para verlos por el espejo retrovisor.

Los vio dormidos en el asiento. Lucas apoyaba su cabeza en el hombro de Laly, y ella no había tenido otra opción que poner la suya sobre los crespos de su hermano menor. Parecían una escultura o dos gatos que se juntan para dormir y guardar el calor.

—Se quedaron profundos los chiquitos, es que madrugamos mucho para salir... —dijo Ricardo.

—Si no hubiéramos madrugado, nos hubiera tocado aguantarnos el tráfico de salida de Bogotá y eso es un infierno —respondió Estela, al tiempo que giraba la cabeza para ver a sus hijos. El viento desordenó su pelo escondiendo su rostro, al tiempo que su sonrisa se ampliaba más y buscaba un camino entre la madeja caótica de rizos rojos.

—Ráquira les va a gustar, ¿no crees? Claro que a veces no sé, hoy tienen tantas distracciones, aunque ellos siempre les han gustado nuestros planes...

¿Te acuerdas que recién empezamos a salir tú y yo veníamos a Iguaque a acampar o por Villa de Leyva?

—Sí, qué buen plan era ese; hacíamos tantas cosas en esa época y con muy poca plata.

—¡Ahora no es que tengamos muuuucha plata tampoco! —contestó con tono gracioso Ricardo y soltó una carcajada a la que se unió Estela. Siempre reían juntos y eso era más bello que el paisaje.

Los niños se movían ligeramente de un lado a otro con cada curva que tomaba el carro, sin perder la posición en la que se habían acomodado. Los rayos del sol caían brillantes e intermitentes sobre sus caras, a medida que avanzaban por la carretera. ¿Con qué soñaban?

—No te pases la salida a Ráquira, ¡tengo hambre! Me comería un súper desayuno con todo —dijo Estela.

—Tengo calculada la entrada al pueblo, amor; llegaremos en menos de lo que canta un gallo. También me comería algo bien grande, sumercé —dijo Ricardo, haciendo énfasis en esta última palabra y tratando de imitar el acento típico de la región boyacense.

Para tomar el desvío hacia Ráquira, Ricardo bajó un poco la velocidad del carro y, esquivando con precaución baches y huecos, atravesó una nube de polvo que se levantó en la carretera al paso de un camión que venía en sentido opuesto. Estela siempre había estado orgullosa de que, como copiloto,

era la mejor *disc-jockey* en los paseos familiares, así que tan pronto entraron por la angosta carretera, puso *play* al cidí de Jorge Veloza que ya tenía listo para este momento y subió el volumen. Le gustaba jugar a poner bandas sonoras para cada instante.

Cuando terminaron de sonar “Lero, lero, candelero” y la carranga rap “El marranito”, ya estaban en la colorida plaza del pueblo, famoso por sus artesanías de barro, justo al frente de la estatua hecha en honor del maestro de la música carranguera y del monumento al campesino colombiano. Lucas y Laly no se habían despertado.

La familia Villegas Miranda entraba a todas las tiendas de artesanías. Los colores vivos de las mercancías y el tono mate del barro crudo se destacan bajo el sol que todo lo tocaba e iluminaba. Ruanas de lana, artículos decorativos de todo tipo, vajillas, móviles de pajaritos hechos en barro que tintineaban al paso del viento, tazas y pocillos de todos los tamaños y con nombres propios escritos, caballitos de madera, trompos y pequeños juguetes inundaban los locales de los artesanos.

—¿A cuánto los marranitos? —preguntó Ricardo.

—Tengo de dos mil, de cinco mil, de diez mil...

—contestó, sonriendo, una mujer de estatura mediana que estaba junto a una mesa cubierta por la más variada muestra de marranitos alcanzía.

—¡Yo quiero un marranito, papá! —exclamó Lucas, señalando uno del tamaño de una sandía,

pintado de varios colores con patrones simétricos de líneas, círculos y pequeños puntos.

—¡Yo también! —irrumpió Laly—. Pero yo quiero esa otra —y apuntó con su dedo a una que era el doble de grande, brillante por el barniz que habían aplicado sobre las coloridas tramas con que la habían pintado. —Mira que tiene las pestañas crespas y largas como las de mi mamá.

—Esa grande es muy linda, la pintó una señora de acá del pueblo que es artista —dijo la vendedora—. Se las dejo en treinta mil para que la lleven.

Las miradas de la familia entera cayeron al mismo tiempo sobre esa particular artesanía. Parecía, en la superficie, igual a las demás. De cualquier manera, las alcancías eran hechas en serie, idénticas y a partir de moldes que hacían que todas las piezas producidas tuvieran casi exactamente la misma forma, tamaño, remate en la cola, los mismos ojos y la misma plácida sonrisa dibujada en la cara, sin contar con que todas tenían las orejitas perfectamente redondeadas. Lo único que variaba entre una y otra era el color o el diseño que hubieran plasmado los artesanos. De hecho, había alcancías que estaban pintadas de superhéroes, personajes de la televisión, unas con antifaces o capas pintadas y cuya textura era lisa; otras alcancías no tenían ninguna pintura o barniz y conservaban el color y la textura rústica del barro cocido recién salido del horno. Había inclusive otras alcancías en forma de

otros animales, como armadillos, micos, pájaros, pero los marranitos eran los más apetecidos.

—Es muy linda, la llevamos —dijo Estela hipnotizada. La vendedora tomó la marrana con las dos manos y la extrajo del grupo de las otras figuras. Al levantarla, los niños pudieron ver con claridad que en la panza la artesanía tenía una erre mayúscula pintada a mano. Una fina letra en tinta dorada trazada con una caligrafía especial que solo habían visto en los viejos diplomas del abuelo.

—Mejor llévenla en esta cajita, sumercé, para que no se les rompa. De verdad se llevan un recuerdo muy lindo de Ráquira. Ojalá la engorden mucho —les decía mientras que los cuatro, Ricardo, Estela, Laly y Lucas, seguían con sus miradas obnubiladas el movimiento con el cual la vendedora llevaba la marranita hacia el interior de la caja.

Para la familia Villegas Miranda, desde entonces, la vida no sería la misma.